

TERCERA PARTE

VICTORIA

I

El peregrino de Oriente

En el punto á que hemos llegado no parece sino que andamos vagando en la soledad de un desierto. Uno tras otro han ido desapareciendo cuantos nos acompañaban y sostenían con sus palabras, pensamientos y acciones, y todos los horizontes nos ofrecen lúgubre perspectiva. Mas ¿por qué maravillarnos de ello? El período que hemos descrito no era de existencia tranquila y pacífica, sino de zozobra, combates y sangre. ¿Qué mucho, pues, que los más animosos y valientes fuesen los primeros en sucumbir? Hemos evocado la memoria de la persecución más cruel que sufrió la Iglesia; de una época en que sus feroces enemigos llegaron á proponer que se levantase una columna con una inscripción que perpetuara el recuerdo de haber sido exterminado de la faz de la tierra el nombre cristiano. ¿Deberá, pues, sorprendernos que los más santos y puros hayan obtenido las primeras palmas de un glorioso triunfo?

Y sin embargo la Iglesia de Cristo debía aún sufrir tenaz y fiera persecución. Durante veinte años consecutivos una larga serie de tiranos y opresores continuaron sin tregua la más tremenda guerra contra ella en todas las partes del mundo, aun después que Constantino trató de reprimirla en todos los puntos á donde se extendía su poder. Diocleciano, Galerio, Maximino y Licinio en Oriente, Maximiano y Majencio en Occidente, no concedieron en todos sus dominios un momento de reposo á los cristianos. Semejante á una de aquellas furiosas tormentas que

se extienden sobre todo un hemisferio, recorriendo diversas comarcas con asoladora violencia, la persecución de que hablamos descargó su furia, primero sobre un país, luego sobre otro, pasando de Italia al Africa, del Asia septentrional á la Palestina y al Egipto, retrocediendo á la Armenia, sin dejar una sola región en paz, antes bien dilatándose sobre toda la extensión del Imperio cual negra nube preñada de rayos y de tempestades.

Pero la Iglesia crecía y prosperaba, desafiando á este siglo de corrupción. Uno en pos de otro los Pontífices iban pasando desde su solio al patíbulo; reuníanse los Concilios en las Catacumbas; los Obispos, aun con riesgo de su vida, iban de todas partes á Roma para consultar al sucesor de san Pedro: cruzábanse afectuosas cartas llenas de caridad, de exhortaciones y consuelos entre las iglesias más distantes y el Jefe supremo de la Cristiandad; sucedíanse los Obispos en sus respectivas Sedes, y ordenaban nuevos presbíteros y ministros que reemplazasen á los sacrificados y sirviesen de blanco á los golpes del enemigo en los muros de la mística ciudad; y continuaba sin la menor interrupción y sin temor de ruina el establecimiento del reino impecederero de Cristo.

Y en el mayor de estos conflictos fué cuando se echaron los cimientos de ese grandioso sistema destinado á producir efectos maravillosos en la sucesión de los siglos. La persecución ahuyentó de las ciudades á muchos que iban á refugiarse en las soledades del Egipto, donde la vida monástica prosperó hasta el punto de que el desierto floreció como el lirio y resonó con cánticos de alegría y de alabanza (1).

Por manera que mientras Diocleciano era despojado ignominiosamente de la púrpura y moría pobre, viejo y abandonado; mientras Galerio era devorado vivo por úlceras y gusanos, declarando en un edicto la impotencia de sus esfuerzos; mientras Maximiano Hercúleo se ahorcaba, y Majencio perecía ahogado en el Tíber, y Maximino, herido por la Justicia divina, espiraba en medio de tormentos más terribles que los que había hecho sufrir á los cristianos, pues hasta sus ojos saltaron de las órbitas; mientras Licinio era condenado á muerte por Constantino; la Esposa de Cristo, que todos habían trabajado por destruir, aparecía más joven y floreciente que nunca, y dispuesta á entrar en su gloriosa carrera de engrandecimiento y dominio universal.

El año 313, después de derrotar á Majencio, otorgó Constantino á la Iglesia entera libertad. Aun cuando no la describan los antiguos cronistas, podemos fácilmente figurarnos la alegría y gratitud que tal cambio causaría en los pobres cristianos: no son mayores la gratitud y el gozo, si bien mezclados con lágrimas,

(1) Isai. xxxv, 1, 2.

que sienten los habitantes de una ciudad diezmada por la peste, así que se anuncia oficialmente que cesó de afligirlos el terrible azote. Después de diez años de estar separados y escondidos, pudiendo apenas reunirse las familias en los cementerios más inmediatos á sus casas, muchos ignoraban quiénes de sus amigos ó deudos habían sucumbido víctimas, y quiénes habían sobrevivido. Timidos al principio y animándose paulatinamente se aventuraron á mostrarse en público: pronto los edificios donde antiguamente se congregaban, no vistos aún por los nacidos en aquellos diez años, fueron reparados, adornados, purificados y abiertos al culto público.

También decretó Constantino que fuesen restituidos á los cristianos los bienes, públicos ó privados, que se les había confiscado, pero disponiendo discretamente que los actuales poseedores fuesen indemnizados por el Tesoro imperial. La Iglesia pudo en breve tiempo desplegar toda la pompa de sus ritos y ceremonias; todas las basílicas ya existentes fueron restituidas á su primitivo uso, y edificáronse otras en los sitios más frecuentados de Roma.

Dejando reservada á personas más aptas la tarea de presentar en todo su esplendor las bellezas del Cristianismo después de rotas sus cadenas, nos limitaremos á mostrar desde una altura la tierra de promisión que se extiende á nuestra vista como un paraíso de delicias; pues no somos el Josué que deba introducir en ella á todo un pueblo. Lo que vamos á referir en esta tercera parte de nuestro humilde libro se reduce á lo estrictamente necesario para su complemento.

Supondremos, pues, que nos hallamos en el año 318, quince después de las últimas escenas de muerte á que hemos asistido. El tiempo y las leyes sancionadas han afianzado la seguridad de la religión cristiana y han puesto á la Iglesia en estado de completar su organización. Muchos de los que al renacer la paz bajaban avergonzados la cabeza por haber comprado la vida con algun acto de debilidad han expiado ya su culpa por medio de la penitencia; y de vez en cuando es saludado con respeto por los transeuntes algun anciano al ver uno de sus ojos abrasados por el fuego, ó mutiladas sus manos, ó arrastrando los pies por tener cortados los tendones de sus rodillas; tormentos á que eran sometidos los cristianos en la última persecución (1).

Si remontándose á dicha época place al benévolo lector salir con nosotros por la puerta Nomentana y acompañarnos al valle

(1) Tales maneras de torturar á los cristianos, segun refiere Eusebio, fueron adoptadas por algunos gobernadores de las provincias de Oriente, causados ya de las ejecuciones en masa.

que le es ya conocido, verá los destrozos causados en la quinta de Fabiola. En vez de frondosos árboles y floridos cármenes surgen ahora largos pies derechos que sostienen andamios, y esparcidos por el suelo acá y acullá piedras, mármoles y columnas. Constancia, hija de Constantino, antes de su conversión había orado junto al sepulcro de Inés para obtener la curación de una úlcera maligna que la devoraba; y habiendo quedado enteramente sana después de una consoladora visión que tuvo, solicitó la gracia del Bautismo y quiso pagar su deuda de gratitud haciendo edificar sobre el sepulcro de la Santa una sumptuosa basilica. Entre tanto se permitía á los fieles la libre entrada en la cripta, y era grande el concurso de peregrinos que á ella acudían de todas partes.

Una tarde que Fabiola regresaba de la ciudad después de visitar á los enfermos de un hospital establecido en su propia casa, se le acercó Torcuato, que era el *fossor* ó sepulturero que cuidaba del cementerio, y le dijo con aire misterioso y agitado:

—Señora, abrigo la firme creencia de que ha llegado el peregrino de Oriente que há tan largo tiempo aguardais.

Fabiola, que conservaba siempre en la memoria las últimas palabras de Miriam, preguntó con ansiedad:

—¿Dónde está?

—Ha vuelto á marcharse.

Fabiola inclinó la frente con tristeza.

—Pero ¿cómo sabes que era él?—volvió á preguntar.

—Esta mañana—respondió Torcuato—me llamó la atención entre la multitud un hombre al parecer de menos de cincuenta años, pero envejecido prematuramente por los pesares y la penitencia. Sus cabellos, lo mismo que su larga barba, comienzan ya á blanquear; vestía un traje oriental y llevaba el manto que generalmente usan los monjes de aquella región. Al acercarse al sepulcro de Inés se arrojó sobre el pavimento con tan abundantes lágrimas, sollozos y suspiros, que movió á compasión á cuantos le rodeaban. Muchos se le acercaron y dijeron en voz baja: «Hermano, grande es tu aflicción, pero no llores, que la Santa es misericordiosa.» Otros le decían: «Cobra buen ánimo, hermano, que todos rogaremos por tí.» Pero él permanecía inconsolable. Entonces dije para mí: «En presencia de una Santa tan dulce y bondadosa sólo un hombre en el mundo puede abandonarse á tan extrema desolación.»

—Prosigue,—dijo Fabiola:—¿qué hizo después?

—Al fin se levantó, y sacando del pecho una brillante y hermosa sortija la depositó sobre el sepulcro de Inés. Esa sortija me parece haberla visto hace muchos años.

—¿Y qué más?

—Luego volvióse: al verme y reconocirme por el traje, se me acercó, y con la vista en tierra me preguntó tímidamente: «¿Sabrías decirme, hermano, dónde está enterrada aquí una doncella de Siria llamada Miriam?» Le mostré con el dedo la sepultura, y después de unos momentos de penoso silencio, añadió con voz trémula: «¿Sabes, hermano, de qué murió?»—De consunción», le respondí. «¡Gracias, Dios mío!» exclamó entonces como si quedara aliviado de un gran peso, y cayó postrado en el suelo. En esa postura permaneció gimiendo y llorando más de una hora, y luego, acercándose al sepulcro, besó afectuosamente la losa que lo cubre, y se retiró.

—¡Es él! Torcuato, ¡es él!—exclamó Fabiola con ardor.—Y ¿por qué no le detuviste?

—¡Ah! señora, no me atreví. Apenas hube reconocido su rostro, ya no tuve valor para mirarle de frente... Pero estoy seguro que volverá, pues marchó en dirección á la ciudad.

—Es preciso que le encontremos,—dijo Fabiola.—¡Ah! Miriam, mi querida Miriam! Con que ¿tuviste tan consolador sentimiento en la hora de tu muerte?

II

El peregrino en Roma

A la mañana siguiente nuestro peregrino, atravesando el Foro, vió un grupo de personas al rededor de un hombre de quien hacían befa. No habría hecho caso de tal escena en medio de la vía pública, á no haber oído un nombre que en otro tiempo le había sido familiar. Acercóse al grupo, y distinguió en medio á un hombre más joven que él; pero con la particularidad de que si el peregrino aparentaba tener más edad por su palidez y demacración, el otro parecía mucho más viejo por su calvicie, su hinchazón, su cara abotagada y cubierta de pústulas. La sujeción de su persona, sus miradas fluctuantes y malignas, su aspecto estúpido y su voz, daban bien á conocer al hombre entregado á la embriaguez.

—Sí, sí, Corvino; ¡buena te espera!—le decía un mozalbete;—¡pronto las pagarás todas! ¿Ignoras la próxima llegada de Constantino? ¿Dudas que á los cristianos les llegó su vez?

—¡Quita!—contestó el beodo;—¡si no tienen ellos alma para nada! Eran terribles cuando Constantino, muerto Majencio, publicó su primer edicto sobre la libertad del Cristianismo; pero al año siguiente nos sacó del susto declarando libres por igual todos los cultos.

—Todo lo que quieras,—dijo otro resuelto á atormentarle.— Pero ¿piensas que no tendrá echado el ojo á todo el que tomó parte activa en la última persecución? Ya verás como les aplica la *Lex Talionis* (1): golpe por golpe, quemadura por quemadura, fiera por fiera.

—¿Quién dice eso?—preguntó Corvino palideciendo.

—Toma! ¡será lo más natural!—dijo uno.

—Y muy justo,—añadió otro.

—¡Bah!—replicó Corvino.—Siempre dejarán en paz al que se vuelva cristiano, y por mi parte declaro que me volvería cualquier cosa antes que estar.....

—Donde estuvo Pancracio,—observó maliciosamente un tercero.

—¡Cállate!—aulló Corvino.—¡Como vuelvas á pronunciar ese nombre!...

Y amenazó á su interlocutor con el puño lanzándole una mirada furiosa.

—Sí, sí, porque te anuncié de qué modo morirías,—dijo otro mozalbete echando á correr.

—¡Eso, eso! ¡una pantera para Corvino! ¡una pantera! ¡una pantera!

Y diciendo así huyeron todos los circunstantes de aquella fiera en forma humana, que en su furor comenzó á correr tras ellos echándoles piedras é imprecaciones.

El peregrino, que presenció de cerca tal escena, prosiguió su camino. Momentos después Corvino tomó á paso lento la misma calle, que conducía á la basílica Lateranense. De repente se oyó un fuerte rugido acompañado de un penetrante grito. Era Corvino, que al pasar por el Coliseo cerca de las cavernas donde estaban encerradas las fieras que debían luchar entre sí en celebridad de la llegada del Emperador, impelido por funesto instinto ó insensata curiosidad, habiase acercado á la jaula de una magnífica pantera, y arrimándose á los barrotes había provocado al animal con ademanes, diciendo:

—¡Anda! que para ser tú la que me despedace estás ahí bien asegurada!

—En aquel momento la fiera irritada saltó sobre él, y por

(1) La Ley del Talion era en Roma la misma prescrita por Moisés: «Ojo por ojo, diente por diente.»

entre los hierros le clavó las garras, infiriéndole en el cuello una horrible herida.

El miserable fué recogido y llevado á su casa. Siguióle el peregrino y entró en su morada, sucia, incómoda, miserable, sin más sirvientes que un esclavo viejo, al parecer decrepito y tan embrutecido como su amo. El peregrino envióle en busca de un cirujano; y como tardase en llegar, restañó lo mejor que pudo la sangre del herido.

Este se puso á mirarle con ojos desencajados como los de un loco.

—¿No me conoces?—le preguntó con calma el peregrino.

—¿Si te conozco? No... Sí... Deja que te mire... ¡Ah! ya, ¡la zorra! ¡mi zorra! ¿Te acuerdas de cuando cazábamos juntos á esos aborrecidos cristianos? ¿En dónde has estado metido todo este tiempo? ¿A cuántos has cogido?

Y prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—Cálmate, Corvino, cálmate; de lo contrario se acabó toda esperanza para ti. Además, te ruego no me hables de eso, porque yo también soy cristiano.

—¡Cristiano tú!—exclamó Corvino fuera de sí.—¡Tú que derramaste más que otro alguno la sangre de los más esclarecidos! ¿Te perdonaron? ¿Puedes dormir tranquilo? ¿No te persiguen todas las noches las furias implacables? ¿No te asaltan horribles fantasmas? ¿No te chupan la sangre del corazón vibras ponzoñosas? Si así es, dime cómo te has desembarazado de ellas, para que yo haga otro tanto... Pero ¡oh rabia! ¿Por qué no te atormentan como á mí?

—¡Ah Corvino! He padecido tanto como tú; mas hallé el remedio y te lo revelaré así que te haya reconocido el facultativo... Aquí está.

El cirujano examinó las heridas y las vendó; pero dió muy pocas esperanzas de vida, porque Corvino tenía inflamada ya la sangre de resultas de sus excesos.

Al marcharse el cirujano volvió el peregrino á sentarse al lado de Corvino: le habló de la misericordia de Dios, pronto siempre á perdonar al más perverso de los pecadores, de lo cual era él mismo una prueba fehaciente. El infeliz Corvino parecía sumido en una especie de letargo, ó bien, si oía, nada podía comprender. Su bondadoso catequista, después de exponerle los principios fundamentales del Cristianismo, más bien con la esperanza que con la seguridad de persuadirle, añadió:

—Corvino, si deseas saber de qué modo obtiene el perdón de sus crímenes el que cree todas esas verdades, te diré que es por medio del Bautismo, de la regeneración en las aguas bautismales y en la gracia del Espíritu Santo.

—¿Qué gracia?—preguntó Corvino con un gesto desdenoso.

—La gracia que se alcanza en la piscina del agua regeneradora.

—¿Agua?... ¿agua?... No la quiero... ¡Llévatela!
Y un fuerte espasmo agitó su pecho y su garganta.

Alarmado el peregrino, procuró calmarle diciendo:

—No, no creas que calenturiento como estás vayamos á sacarte de aquí para sumergirte en el agua (Corvino despidió una especie de rugido): para el bautismo clínico (1) bastan unas gotas; las que contiene esta vasija.

Y como se la mostrase, comenzó Corvino á temblar y retorcerse en su lecho, arrojó espuma por la boca y cayó en una violenta convulsión, exhalando gritos que más parecían aullidos de fiera que acentos humanos.

Entonces comprendió el peregrino que la mordedura de la pantera había producido en el infeliz la hidrofobia con todos sus horribles síntomas. Sus esfuerzos unidos á los del esclavo apenas bastaban para sujetar al herido. Acometíanle espantosos paroxismos, durante los cuales prorrumplía en horrendas blasfemias é imprecaciones contra Dios y los hombres, y luego que se calmaba repetía entre gruñidos:

—¡Agua á mí! Quieren darme agua. ¡No la quiero! Fuego, fuego es lo que tengo y me consume: fuego por dentro, fuego por fuera. ¡Ya suben las llamas, ya me rodean, ya avanzan, ya se acercan!

Y manoteaba como para rechazar las llamas que en su delirio se le representaban al rededor del lecho, ó soplaban como queriendo extinguir á fuerza de soplos las que creía tener al rededor de la cabeza; y volviéndose á los testigos de tan terrible escena les gritaba:

—¿Por qué no apagais esas llamas? ¿No veis que van á devorarme?

Así pasó aquel lúgubre día, seguido de una noche peor, durante la cual creció la fiebre, y con ella el delirio y los accesos de rabia, hasta quedar su cuerpo en completa postración. Pudo al fin incorporarse en la cama, y mirando de hito en hito con ojos vidriosos á un objeto que se figuraba tener delante, exclamó con voz ahogada por la más concentrada cólera:

—¡Atrás! ¡Atrás, Paneraciol! ¡Vete! Ya me has perseguido bastante con tu mirada implacable... Sujetad la pantera... ¡pronto!... ¡Sujetadla, que va á saltarme á la garganta!... Ya viene... se abalanza... ¡Oh!...

Y con las manos crispadas como si se arrancase de su gar-

(1) El bautismo clínico, ó sea de las personas que no podían moverse de la cama, se administraba vertiéndoles agua sobre la cabeza ó simplemente rociándolas con ella. (Bingham, lib. XI, c. 2).

ganta á la fiera, rasgó los vendajes de la herida; brotó de ella un chorro de sangre, y cayó de espaldas en el lecho, quedando yerto y repugnante cadáver.

El peregrino, su antiguo compañero, vió despavorido cómo mueren los impenitentes y endurecidos perseguidores de la religión cristiana.

III

Conclusión

A la mañana siguiente dedicóse el peregrino á evacuar el asunto que le había conducido á Roma y del cual le distrajeran los sucesos referidos. Primeramente anduvo preguntando en las inmediaciones del templo de Jano por el paradero de cierto sujeto, y cuando al fin le hubo encontrado, encamináronse juntos á una pequeña oficina situada debajo del Capitolio en la subida llamada *Clivus Asyli*. Sacaron allí algunos libros polvorientos y recorrieron una por una sus páginas, hasta que dieron con la fecha de los cónsules Diocleciano Augusto por la octava vez, y Maximiano Hercúleo Augusto por la séptima (A. D. 303). Allí encontraron varios apuntes que se referían á ciertos documentos. Tomaron un rollo de pergamino que llevaba la fecha y el rótulo conforme al registro; lo examinaron con diligencia, y el resultado pareció satisfacer á entrambas partes.

—Es la primera vez en mi vida—dijo el dueño de aquella especie de caverna—que veo á una persona presentarse para solventar sus deudas, sin estar obligada á ello, después de quince años de ausencia. Supongo que seréis cristiano.

—Lo soy, por la gracia de Dios.

—Me lo figuraba. Podéis mandarme, señor. Tendré á dicha el serviros en toda ocasión y, por supuesto, mediante condiciones razonables como tenía por costumbre mi padre Efraim, que está en el seno de Abraham.

—Bien. Según veo, mi deuda está ya pagada. Quedad en paz.

Con paso ligero y semblante más sereno, dirigióse el peregrino á la quinta de la vía Nomentana. Después de orar otra vez

en la cripta junto á la sepultura de santa Inés, levantóse más reanimado, y dirigiéndose al sepulturero le dijo con familiaridad de antiguo amigo:

—Torcuato, ¿podré hablar con la señora Fabiola?

—Sí, por cierto: os está esperando. Seguidme.

Ninguno de los dos aludió, en tanto que andaban juntos, á sucesos de tiempos anteriores. Parecían haber convenido instintivamente en borrar su pasado de la memoria de los hombres, como deseaban que se borrara de la de Dios.

Fabiola, que aguardando la vuelta del peregrino había permanecido en la quinta aquel día y el anterior, estaba á la sazón sentada en el jardín junto á una fuente. Torcuato se la mostró con el dedo á su compañero, y se retiró.

Levantóse Fabiola en cuanto vió acercarse la visita por tanto tiempo esperada, y experimentó una viva emoción al encontrarse en su presencia.

—Señora,—dijo él con tono de profunda humildad y grave sencillez,—no me atrevería jamás á presentarme ante vos si á ello no me impelieran un deber de justicia y muchos de gratitud.

Fabiola contestó:

—Oroncio, ¿no es este vuestro nombre? (El interpelado hizo un signo afirmativo). Pues bien, Oroncio: no tenéis para conmigo otra obligación que la que nos impuso el gran Apóstol, de amarnos unos á otros.

—Hijos de vuestra bondad son tales sentimientos. Pero yo sé cuán rigurosamente obligado os estoy, cuánta gratitud os debo por el tiernísimo afecto que demostrasteis á la que ahora es para mí más que hermana, desempeñando liberalmente en favor suyo el ministerio de amor fraterno tan desatendido por mí.

—Para eso me la enviasteis,—interrumpió Fabiola,—para que fuera el ángel tutelar de mi vida. Acordaos, Oroncio, que José fué vendido por sus hermanos sólo para que fuera el salvador de su raza.

—Señora, sois en verdad demasiado indulgente con un perverso como yo. Mas no debo solamente daros las gracias por vuestro afecto y bondad con la que al fin os recompensó debidamente. Hasta hoy no he sabido vuestra generosidad é indulgencia con quien no tenía á ellas título alguno.

—No acierto á comprenderos,—objetó Fabiola.

—Permitidme, pues, que me explique. Hace ya muchos años pertenezco á una Comunidad de Palestina, cuyos individuos viven en el desierto dividiendo las horas del día y aun de la noche entre el canto de las divinas alabanzas, la contemplación y los trabajos manuales. Severas mortificaciones por nuestras pasadas culpas, ayunos, lágrimas y oraciones, constituyen nuestra regla. ¿Habéis oído hablar de esas Comunidades?

—La fama de Pablo y de Antonio no es menos grande en Occidente que en Oriente,—respondió Fabiola.

—Pues bien, con el más aprovechado discípulo de Antonio he vivido largo tiempo, sostenido por su ejemplo y animado por sus consejos y consolaciones. Pero aun en medio de la paz y de las dulzuras del arrepentimiento, aun después de largos años de penitencia, sentía siempre una espina atravesada en el corazón, y era el remordimiento de una cuantiosa deuda que al huir de Roma dejé sin satisfacer; deuda acrecentada de un modo exorbitante por acumularse á ella réditos sucesivos. Yo había contraído esa deuda con pleno conocimiento y voluntad, y no podía sin faltar á la justicia eludir la obligación de satisfacerla. Pero, pobre cenobita que vivía escasamente con el producto de las esteras tejidas con hojas de palma y de las pocas yerbas que crecen en la arena del desierto, ¿cómo podría descartarme de esta obligación? Sólo un medio me quedaba: entregarme como esclavo á mi acreedor, trabajar para él, sufrir con paciencia sus reprobaciones y castigos, ó dejar que me vendiese á otro por cuanto pudiera yo valer, pues todavía estoy fuerte y robusto. En uno y otro caso tendría el ejemplo de mi Salvador para guiarme y alentarme, y de todos modos entregando mi propia persona cedía cuanto poseo. Esta mañana he buscado en el Foro al hijo de mi acreedor; ha examinado sus libros, y con gran sorpresa mía hemos encontrado completamente saldadas desde mucho tiempo mis cuentas por vos. Soy, pues, noble Fabiola, vuestro esclavo.

Y diciendo esto se arrodilló humildemente á sus plantas.

—Levantáos, levantáos,—dijo Fabiola volviendo á un lado los ojos para ocultar sus lágrimas.—No sois, no, mi esclavo, sino mi querido hermano en el Señor.

Obligándole luego á sentarse á su lado, añadió con tono familiar:

—Oroncio, deseo de vos un favor. ¿Podrías referirme qué impulso os condujo al género de vida que tan generosamente habéis abrazado?

—Lo haré, señora, brevemente. Recordaréis aquella triste noche que huí de Roma. Acompañábame un hombre...

La voz se le anudó en la garganta.

—Sé á quién aludís,—interrumpió Fabiola:—á Eurotas.

—Al mismo, á esa maldición de mi familia y origen de mis padecimientos y de los de mi inolvidable hermana. Vímonos precisados á fletar muy caro en Brindis un buque y nos hicimos á la vela para Chipre, en donde nos dedicamos al comercio y á mil especulaciones, pero siempre con mala fortuna, como si pesara sobre nosotros un terrible anatema. Casi agotados nuestros recursos, nos trasladamos á Palestina, deteniéndonos algún tiempo en Gaza, donde nos vimos reducidos á la indigencia.

Alejábase todo el mundo de nosotros sin que supiésemos la causa, pero bien me decía sin tregua mi conciencia que llevaba en la frente la señal de Cain.

Oroncio interrumpió su narración, vertió copiosas lágrimas, y después de breve pausa continuó diciendo:

—Sólo nos quedaban algunas joyas, de mucho precio, sí, pero de las que siempre rehusó desprenderse Eurotas, ignoro por qué. Recrudecía la persecución contra los cristianos, y Eurotas no cesaba de instigarme á volver á mi antiguo y odioso oficio de delator. Por la primera vez en mi vida me negué á obedecerle. Un día me invitó á dar un paseo fuera de la ciudad: accedí y fuimos caminando hasta llegar á un sitio delicioso, pero desierto: era una angosta cañada, cubierta de verdor y sombreada por erguidas palmeras á través de las cuales deslizábase un cristalino arroyo que bajaba de un manantial abierto en una roca á la parte superior del vallecillo. Abriábase en aquella roca algunas cuevas y cavernas, al parecer inhabitadas, sin oírse otro ruido que el plácido murmullo del agua. Nos habíamos sentado á descansar, cuando Eurotas comenzó á hablarme en términos aterradores. Dijome que había llegado el momento de cumplir la terrible resolución de no sobrevivir á la ruina de nuestra familia. Los dos debíamos morir allí mismo: las fieras devorarían nuestros cuerpos, y nadie sabría el fin de los últimos representantes de nuestro linaje. Dicho esto, mostréme dos frasquitos de diferente tamaño, y alargándome el mayor bebió el contenido del pequeño. Resistíme á tomarlo y echéle en cara que me entregase la dosis mayor; pero me replicó que él era viejo y yo joven, y las dos pócimas eran en cantidad proporcionada á nuestras fuerzas respectivas. Persistí en mi negativa, pues no quería morir; pero como poseído de un furor diabólico se abalanzó repentinamente sobre mí, que continuaba sentado, me tendió de espaldas y vertió á la fuerza en mi garganta el contenido del frasco sin dejar una gota y aullando á la vez: «¡Hemos de morir los dos juntos!...» En un instante perdí los sentidos, y al recobrarlos me hallé en una gruta y comencé á pedir de beber con voz desfallecida. Un anciano de rostro venerable acercó á mis labios un cuenco de madera lleno de agua. «¿Dónde está Eurotas?» pregunté. «¿Os referís á vuestro compañero?» me contestó el anciano. «Ha muerto,» añadió. Yo no podía comprender por qué fatalidad sucedió esto, pero bendije de todo corazón al Señor por haberme preservado. Aquel buen anciano era Hilarion, natural de Gaza, que después de vivir largos años en Egipto con el santo anacoreta Antonio había regresado á su país para establecer en él la vida eremítica, y contaba ya muchos discípulos que moraban dispersos en las grutas abiertas en las rocas de los contornos, alimentándose parcamente

á la sombra de las palmeras y reblandeciendo su duro pan en el agua del manantial. La caridad de aquellos cenobitas, su serena piedad y el ejemplo de su santa vida fueron cautivándome á medida que recobraba la salud: presentóseme bajo una forma sublime la religión que tanto persiguiera; el recuerdo de mi madre y los ejemplos de mi hermana reavivaron de tal modo en mi corazón las pavesas adormecidas, pero no apagadas, de aquella religión divina que aprendí en mi niñez, que resolví abrazar la fe cristiana; y cediendo á las inspiraciones de la gracia confesé mis pecados á los pies de un sacerdote y recibí el santo Bautismo la víspera de Pascua.

—Somos, pues, doblemente hermanos,—observó Fabiola;—somos hijos gemelos de la Iglesia, porque yo también renací á la vida eterna aquel mismo día. Mas ¿qué pensais hacer ahora?

—Regresar esta misma noche á mi amada soledad, pues he llenado ya el doble objeto de mi viaje, que era extinguir mi deuda y depositar una pequeña ofrenda sobre el sepulcro de Inés.

Y sonriendo tristemente añadió:

—Sin duda recordaréis que vuestro buen padre me hizo concebir equivocadamente la ilusión de que Inés codiciaba mis joyas. ¡Qué necio fui! Pero después de mi conversión resolví ofrecerle en homenaje la más preciosa joya que Eurotas conservaba, y así también lo he cumplido.

—Y ¿tenéis recursos para el viaje?—preguntó Fabiola tímidamente.

—Los tengo abundantísimos en la caridad de los fieles y en las cartas de recomendación con que me favoreció el obispo de Gaza y merced á las cuales encontré donde quiera sustento y albergue. Pero aceptaré de vos un pedazo de pan y un poco de agua por amor de Dios.

Levantáronse, y al dirigirse á la casa vieron precipitarse por entre la cerca á una mujer que corría hacia ellos como una loca y cayó á sus pies gritando:

—¡Salvadme! ¡salvadme, señora! ¡Me persigue para matarme!

Fabiola reconoció en aquella desventurada mujer á su antigua esclava Jubala, pero ¡cuán cambiada estaba! Lívida, con los ojos fuera de las órbitas, encanecido el cabello, desgredada, ofrecía el aspecto de la mayor miseria.

Pidióle Fabiola que se explicara, y la africana contestó:

—Mi marido no cesa nunca de maltratarme con crueldad, pero hoy está más brutal que nunca. ¡Libradme de él, señora!

—Tranquilízate, pues aquí no corres peligro alguno. Paréceme, Jubala, que distas mucho de ser feliz. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—¿Para qué venir á enojaros con mis cuitas y miserias? ¡Ah! ¿por qué os dejé y abandoné vuestra casa, en donde tan feliz hubiera podido vivir, aprendiendo á vuestro lado y al de Graia y de Eufrosina á ser buena y también cristiana?

—¡Cómo! ¿Piensas realmente en esto, Jubala?

—¡Oh, sí! Mucho tiempo há que lo estoy pensando en medio de mis amarguras y remordimientos. ¡Cuántos cristianos he visto más felices que yo, aun los que un tiempo fueron tan malvados como yo! Y porque esta mañana he insinuado esto á mi marido, me ha golpeado brutalmente y quería matarme. Pero á Dios gracias un amigo me ha iniciado ya en la santa doctrina, y quiero hacerme cristiana.

—¿Desde cuándo te trata así tu marido?—preguntó Oroncio que, por su tío, había tenido ya noticia de aquel matrimonio.

—Casi desde que nos casamos. En los primeros días le hablé de las proposiciones que antes me hiciera un oscuro extranjero llamado Eurotas, hombre perverso y disoluto, de quien provienen todos mis sinsabores y con quien están enlazados los recuerdos que más me apenan.

—¿Cómo así?—preguntó Oroncio con viva curiosidad.

—Algún tiempo antes de abandonar á Roma me encargó que le preparase dos narcóticos: uno mortífero para un enemigo que él debía hacer prisionero, y otro que sólo suspendiese por pocas horas el uso de los sentidos por si le conviniere á él mismo. Cuando vino á recoger los dos frascos iba yo á indicarle que, contra las apariencias, el menor contenía un veneno muy enérgico y concentrado en corta dosis, y el frasco mayor encerraba un débil narcótico diluido en agua. Pero en aquel momento llegó mi marido, y en un arranque de celos me arrojó de allí á empujones. No pude, pues, advertir á Eurotas, y temo que de eso naciese una fatal equivocación, causa de una muerte involuntaria.

Fabiola y Oroncio se miraron en silencio, maravillados de los justos decretos de la Providencia divina. De repente sobresaltóles un grito espantoso de Jubala: en el pecho de la infeliz acababa de clavarse una flecha. Fabiola se lanzó á su antigua esclava para sostenerla; volvió la vista Oroncio, y divisó por encima de la cerca un rostro negro que se sonreía con horrible expresión. Un instante después atravesó á caballo un numida con el arco tendido á estilo de los Partos para defenderse de cualquiera que intentase perseguirle.

La flecha había pasado entre Oroncio y Fabiola.

—Jubala,—le pregunta ésta,—¿deseas morir cristiana?

—¡Oh, sí! de todo corazón.

—¿Crees en Dios trino y uno?

—Creo firmemente en todo lo que la Iglesia nos enseña.

—¿Crees en Jesucristo, que nació y murió por nuestros pecados?

—Sí, y en todo lo que vos creéis.

Aquí Jubala perdió la voz.

—¡Daos prisa, Oroncio!—gritó Fabiola señalando la fuente.

Oroncio metió las dos manos en el pilón, y llenando de agua el hueco de ellas fué corriendo á verterla sobre la cabeza de la moribunda, pronunciando la fórmula bautismal. Jubala espiró á tiempo que el agua regeneradora se mezclaba con la sangre de la expiación.

Después de tan trágica pero consoladora escena, Fabiola y Oroncio entraron en la casa y dieron á Torcuato las oportunas instrucciones para el sepelio de la convertida y doblemente bautizada.

Oroncio admiró el modesto y sencillo ajuar de la habitación de Fabiola, que tanto contrastaba con el espléndido lujo de otro tiempo. Pero lo que atrajo principalmente su atención fué un magnífico relicario engastado en piedras preciosas que había en un aposento interior y que apenas dejaba entrever una cortina ricamente bordada. Acercóse y leyó esta inscripción:

SANGRE DE LA BIENAVENTURADA MIRIAM
VERTIDA POR MANOS CRUELES.

Oroncio primeramente palideció, luego se puso encendido como grana, y vaciló como si le diera un vértigo.

Notólo Fabiola, y se le acercó poniéndole una mano sobre el brazo y diciéndole con la mayor afabilidad:

—Oroncio, este relicario contiene objetos que deben sonrojarnos y confundirnos por igual, pero nó hacernos perder la esperanza.

Así diciendo descorrió la cortina, y Oroncio vió en una bandeja de cristal el pañuelo bordado que tan íntima conexión tenía con su historia y la de su hermana. Encima de él había dos instrumentos cortantes con las puntas enmohecidas por la sangre: en uno de ellos reconoció su propia daga, y el otro parecióle uno de esos estiletes con que las damas romanas castigaban á sus esclavas.

—Ambos—dijo Fabiola—herimos y derramamos la sangre de aquella á quien ahora honramos como hermana en el cielo. En cuanto á mí, debo deciros que la gracia divina empezó á penetrar en mi alma desde el día en que, cometiendo aquel acto de crueldad, le dí ocasión de dar tan relevante prueba de virtud. ¿Y vos, Oroncio?

—También yo desde el momento en que maltratándola bárbaramente la ví desplegar tan sublime heroísmo cristiano, em-

pecé á sentir sobre mí la mano de Dios, que me condujo al arrepentimiento y al perdón de mis culpas.

—Así sucede siempre,—dijo Fabiola.—El ejemplo de nuestro Redentor ha hecho los Mártires, y el ejemplo de los Mártires nos conduce á Dios. La sangre de los Mártires ablanda nuestros corazones, y la del Cordero sin mancha los santifica. Ellos imploran por nosotros misericordia, y Cristo la concede. ¡Quiera Dios que nunca olvide la Iglesia en sus días de paz y de triunfo lo mucho que debe á la Era de sus Mártires! En cuanto á nosotros dos, que de ello hemos sido espectadores, les debemos nuestra regeneración y nuestra salud espiritual. ¡Así se cumpla también con todos los que en edad más remota leyeren la historia de sus gestas sublimes, y puedan obtener de la misma fuente la misericordia y la gracia!

Dicho esto, arrodilláronse y oraron juntos en silencioso recogimiento al pié del relicario.

En seguida separáronse para no volverse á ver en la tierra.

Después de algunos años de una vida ejemplar y penitente, Oroncio durmió el sueño de los justos. Un verde montículo al que dan sombra las palmeras del valle inmediato á Gaza muestra el lugar de su reposo.

Y así también al cabo de muchos años llenos de méritos y de virtudes, voló Fabiola á compartir con Inés y con Miriam los gozos inefables de la eterna paz.

FIN

INDICE

	Pág.
Censura.	v
Al lector.	vii

PARTE PRIMERA.—PAZ

I.	La casa cristiana.	1
II.	El hijo del mártir.	4
III.	La consagración.	8
IV.	La familia pagana.	12
V.	La visita.	18
VI.	El convite.	21
VII.	Pobres y ricos.	26
VIII.	Fin del primer día.	33
IX.	Una noche en el Palatino.	37
X.	Reuniones.	46
XI.	Un paréntesis.	54
XII.	El lobo y la zorra.	59
XIII.	La casa de Inés.	62
XIV.	Los extremos se tocan.	65
XV.	Caridad.	71
XVI.	El mes de Octubre.	73
XVII.	La comunidad cristiana.	84
XVIII.	La tentación.	93
XIX.	La caída.	97

PARTE SEGUNDA.—EL COMBATE

I.	Diógenes.	107
II.	Los cementerios.	114
III.	Sublime filosofía.	122
IV.	Deliberaciones.	126
V.	Muerte lúgubre.	132